



LA VELADA.

El sol se oculta en el horizonte y por toda la aldea se oyen alegres voces, vuelven ya los rebaños del campo, pues han concluido su diaria faena, que solo consiste en alimentarse para regalo del hombre. El buey también ha trazado su correspondiente surco, y el caballo ha cumplido su obligación durante la jornada: ahora todos los animales se dirigen al establo ó á la cuadra para descansar hasta el siguiente día.

Asimismo han dado fin á sus labores el padre y la madre de familia. Rodeados de sus hijos disfrutan de la frescura que les llevan las primeras sombras de la noche, de la opaca claridad de los rayos tardíos del sol que el aire disemina, y de la vista de las guirnaldas de pámpanos que se mueven blandamente en torno de las ventanas. Después, cuando el ruido vaya desapareciendo, cuando las sombras se extiendan por el valle, y los pequeños inclinen sus cabezas fatigadas por sus bulliciosos juegos, el padre y la madre irán también á buscar en un dulce y apacible sueño la recompensa de las conciencias tranquilas.

Pero por el momento es mas aparente que real el feliz descanso de esos dichosos padres, porque no ha terminado su tarea moral, que es la educación de sus hijos, deber sagrado, incesante, que exige todos sus desvelos. Así que no pueden mirar con indiferencia sus juegos, porque en ellos se manifiestan las inclinaciones, porque tal vez una virtud puede ahogarse en gérmen entre los placeres de la infancia, porque el vicio espía los corazones inocentes para cebarse en ellos.

El mayorcito de la familia ha recortado un ratoncito de cartón, y su instinto de cazador le hace observar los movimientos de los gatitos, que por instinto persiguen al juguete. Esa curiosidad del niño puede desarrollar su observación y estimular en él el pensamiento del trabajo y del estudio; pero mal dirigida, puede asimismo convertirse en crueldad y dar vida á esa tendencia perezosa y culpable, que aguarda la emoción y el placer del drama exterior de la vida y no de la actividad de nuestras propias facultades. El niño se mofa ahora de las angustias que supone á una figura insensible; pero acaso mañana no tendrá bastante con la ilusión, y querrá asistir á la horrible ago-

nía del animal cuyos padecimientos ha soñado entre juguetes: mas tarde se cansará de la destrucción de esos pequeños seres dañinos, y su afición trágica exigirá mas fuertes emociones. Madre de familia, el niño que oculta su rostro en su seno te lo dice: esa escena de persecución le repugna, y sin embargo excita el interés de su hermana; la niña sigue con placer, con delicia todos los lances de esa caza simulada... Madre de familia, sé prudente, conserva la virginidad de los sentimientos de tus hijos, haz que no perezca en ellos antes de desarrollarse la flor de la piedad: tus consejos y los ejemplos de virtud que les presentes, harán que nunca se parezcan á esos hombres corrompidos.

Que amables en apariencia  
Juegan con un corazón,  
Como juega sin clemencia  
El gato con el ratón.

## TEATRO DE ALARCON.

D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma corrección y filosofía, que hoy las enaltecen á los ojos de la crítica sensata, no debió merecer de sus contemporáneos gran favor y nombradía, y acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido, á no ser por el gran Corneille, que imitando ó mas bien traduciendo la preciosa comedia de *La Verdad sospechosa* (*Le Menteur*), reveló á los críticos españoles y extranjeros, entre ellos al mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro Ruiz de Alarcón como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas, hizo alarde este autor singular en contraposición á los grandes extravíos de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran una intención moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distin-



guen por una admirable economía y sencillez en la acción, sin dejar por eso de ser en extremo interesantes; y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una corrección tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

Dos partes ó tomos de comedias se publicaron de Alarcon; la primera en Madrid en 1628, y la segunda en Barcelona en 1634. En el prólogo de esta última se queja el autor de que algunas de sus producciones habian sido atribuidas á otros autores, y lo espresa con una sencillez y mansedumbre dignas de la mayor alabanza. «Sabed» (dice al lector), que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda, son todas mías, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son: *El tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, *El examen de Maridos*, y otras que andan impresas por de otros dueños; culpa de los impresores, que les dan los que les parece, no de los autores á quien les han atribuido, cuyo mayor descuido luce mas que mi mayor cuidado; y así he querido declarar esto, mas por su honra que por la mia; que no es justo que padezca su fama notas de ignorancia etc.»—Es á cuanto puede llegar la modestia en boca del autor de aquellas tres admirables comedias, de *Las paredes oyen*, *Ganara amigos*, y *La prueba de las promesas*, que el mismo señor Lista no duda en comparar á las mejores obras de Terencio.

«Las comedias de Alarcon (dice aquel eminente poeta y critico) son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones.—Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados; Calderon se copió muchas veces á sí mismo; Alarcon no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecia imposible despues de las 1800 comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporción con las situaciones; su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas, y de emociones terribles en las trágicas;—y en otra parte dice:—«Calderon le escedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la acción; Lope en la ternura; Tirso en la malignidad; Moreto en la sal cómica; Roxas en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes, y á los colosos que van nombrados, en la corrección sostenida de la frase. El gusto de Alarcon estaba mas exento de vicios, aunque su genio no fuese tan fecundo en bellezas.»

A pesar de tan singular mérito, Alarcon fué envuelto en la proscripción injusta y apasionada que el siglo XVII, bajo la enseña de la escuela clásica, lanzó contra todo nuestro teatro nacional.—Y es lo singular que mientras aquella misma intolerante escuela aplaudia con entusiasmo y señalaba como la primera producción cómica del teatro francés *Le Menteur*, de Corneille, y que nuestros serviles traductores la vestían á la española en ridículos traslados, unos y otros ignoraban ó afectaban ignorar el original, confesado por el mismo Corneille, de aquella admirable pieza *La verdad sospechosa*, de nuestro Alarcon.

Los actuales críticos, mas justos ó mas instruidos, han rehabilitado en el concepto público la memoria de este y otros de nuestros insignes autores del siglo XVII, y colocado su nombre en el mismo templo y á la misma altura que los de Lope, Calderon, Tirso, Roxas y Moreto.—Las mejores comedias de Alarcon han vuelto á brillar en la escena y á recibir el homenaje de aplauso que tan bien merecen; la prensa ha vuelto á reproducir muchas de ellas, la crítica á analizarlas, y hasta se anuncia próxima la publicación de todo el teatro de este distinguido ingenio, recogido por el diligente esmero de los celosos editores de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Por fortuna de la gloria nacional se ha salvado, aunque en escasísimos ejemplares, el precioso tesoro de su repertorio, y puede reproducirse íntegro á causa de su número, limitado comparativamente con los de los demás padres de la escena española.

No sucede lo mismo con las noticias biográficas del distinguido Alarcon; pues la incuria de sus contemporáneos, y su propia modestia, nos han dejado tan á oscuras de ellas, que solo hallamos en las escasas líneas que le consagra *D. Nicolás Antonio*, que nació en Méjico, aunque oriundo de España; en comprobación de lo cual el erudito Sr. Ochoa en su *Tesoro del teatro español*, impreso en París en 1838, añade una cita de Baltasar Medina en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico de religiosos descalzos de San Francisco*, impresa en aquella capital en 1682; en cuyo folio 231 dice positivamente, que «Alarcon nació en Tasco ó Tachco, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente.»—Probablemente (y esto es una presunción nuestra) sería de la misma familia del virtuoso sacerdote D. Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y de doña Maria de Peñalosa, señores de Buenache en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas Mercedarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla.—Acaso nuestro poeta sería hijo suyo,

pues se sabe que estuvo casado antes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundación.—De esta manera esplicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor *D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, que hoy nos ocupa. Su muerte pudo ser á mediados del siglo XVII, pues Montalvan en su *Para todos*, impreso en 1633, le da por existente, y él mismo publicó la segunda parte de sus comedias en 1634, como queda dicho.

R. de M. R.

## COMEDIAS

DE D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

Amistad (la) castigada.  
Crueldad (la) por el honor.  
Cueva (la) de Salamanca.  
Desdichado (el) en fingir.  
Dueño (el) de las estrellas.  
Empeños (los) de un engaño.  
Exámen (el) de maridos.  
Favores (los) del mundo.  
Ganar amigos.  
Industria (la) y la suerte.  
Manganilla (la) de Melilla (magia).  
Mudarse por mejorarse.  
No hay mal que por bien no venga.  
Paredes (las) oyen.  
Pechos (los) privilegiados.  
Prueba (la) de las promesas.  
Quien no cae no se levanta.  
Semejante (el) á sí mismo.  
Tejedor (el) de Segovia—(dos partes).  
Todo es ventura.  
Verdad (la) sospechosa.

## DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

### ARTICULO SEGUNDO.

Exenta la hermosa isla de Mallorca del azote de la guerra, y sintiendo apenas de rechazo la sacudida revolucionaria, no ha podido sin embargo sustraerse á la acción deletérea de las causas generales de postración y de muerte para la arquitectura. Palma se hermosea, oímos repetir con énfasis; sí, sus calles se enderezan unas, se ensanchan otras; á los sombríos y prolongados aleros reemplazan canales de verde barnizados; á los inútiles desvanes, sobrepuestos pisos; á las raras ventanas, numerosos balcones; á los verdosos vidrios y claveadas maderas, grandes cristales y pintadas persianas; al severo arco de los portales, el cuadrado dintel; á la negruzca piedra, el uniforme blanco; pero ¿qué va siendo de los vastos y magníficos zaguanes por atrevidos arcos y aisladas columnas sostenidos? ¿Qué de las anchas escaleras con barandilla de góticos calatos? ¿Qué de las platerescas ventanas y portadas interiores de los entresuelos, y de los gallardos ajimeces góticos del piso principal, en dos, tres ó cuatro arcos, divididos por gentiles y delgaditas columnas de gracioso capitel? ¿Qué de las galerías airoas de los desvanes, de los cordones que horizontalmente cortan la fachada, de los robustos sillares con dorado matiz de hoja seca barnizados? Cada año sueñen ó se renuevan muchas de sus interesantes fachadas, que treinta años atrás formaban el tipo general de nuestras habitaciones, aun las mas reducidas, hasta en los barrios mas apartados, y que á este paso, de aquí á veinte años, solo en alguna lámina podremos contemplar. No será, no, ante alguna de esas flamantes obras como el arco del muelle, ó las eslinges de Borne, ó la llamada torre del Reloj, que desnuda y sin fisonomía, asoma por cima del rico alero de las casas consistoriales, ó ante esa cuesta ponderada, tan costosa como irregularmente abierta sobre el solar del mas famoso de los conventos, que veamos detenerse y estasiarse á ningún viajero, no ya de artístico fanatismo, sino de mediano gusto é ilustración dotado; será en tal caso ante esos restos de antigüallas milagrosamente preservados de la destrucción ó de la reforma. Merced á su aislamiento, Palma conservaba casi entera su oriental fisonomía y el noble atavio de su época de pujanza, respirando cierto encanto poético, cierta histórica gravedad, inapreciable á los ojos del forastero, por su originalidad misma, en este siglo de renovación incesante: ¿era preciso romper acaso su tradicional vestidura, para arreglarla al moderno figurín? ¿eran absolutamente inconciliables con las antiguas construcciones, las mejoras que la comodidad, la policía ó las exigencias del tiempo pudieran aconsejar? Pero sin atender á su pasado, sin reflexionar en su porvenir, la tranquila é inmóvil capital de las Baleares, abdica su carácter para copiar en sí un pálido trasunto de Madrid y Barcelona, menos la importancia y movimiento de estos



emporios, menos la exuberancia de poblacion con que allí se justifica la estrechez del caserio, menos la regularidad que han enseñado allí la práctica y la vista de buenos modelos en su linea. En nuestras recientes obras preside comunmente el capricho, y á menudo la estravagancia: ninguna proporcion entre la amplitud y la altura de la casa, ninguna en el número y en el cuadrilongo de las aberturas; y hasta esa simetría bastarda en que toda la atencion se cifra, no se consigue sino á costa de balcones *figurados* y de fingidos portales, sucediendo tal vez, que creyendo haber hallado la entrada de un edificio de grande apariencia, tropeceis con un paredon, y en vez de aldaba, con el caño de una fuente... Por cierto que nos sienta bien un poco de indulgencia con las singularidades de nuestros mayores.

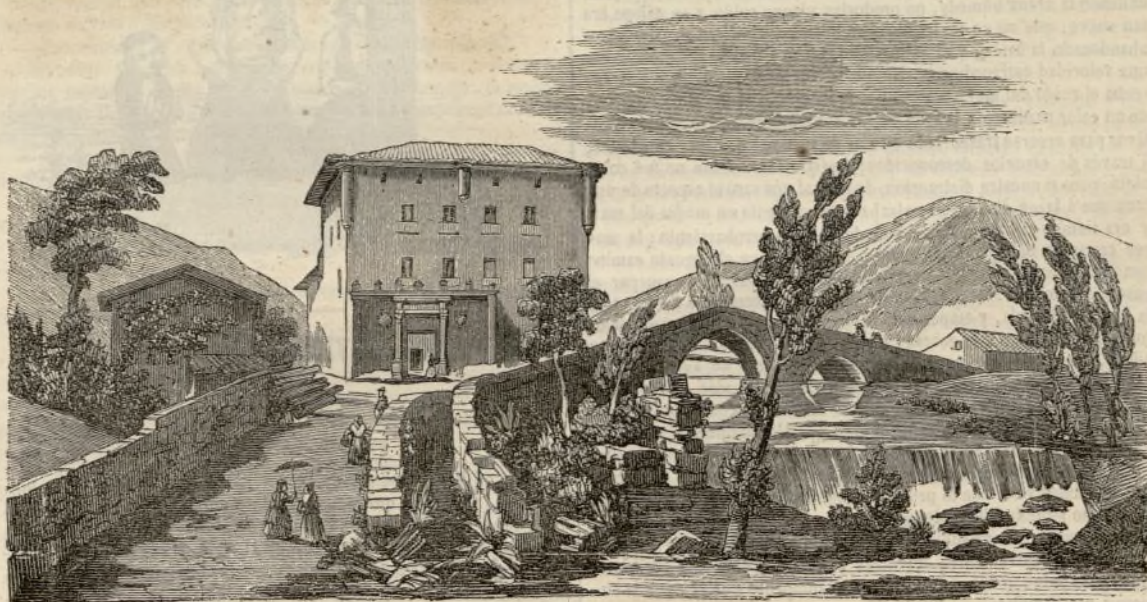
Menos grave fuera aun el daño, si limitado á las construcciones particulares, no se estendiera á los edificios públicos, y especialmente á los religiosos. De la pérdida lamentable de uno, cuyo vacio no han podido cerrar catorce años, no haremos responsable por cierto la depravacion del gusto, ni la presuntuosa ligereza é ignorancia del arte, ni el descuido é indiferencia general; causas eventuales, si bien mas poderosas, pasiones mas comprensibles, aunque mas funestas sin duda, produjeron la demolicion de Santo Domingo, de la obra magnífica de Jaime Fabre, de la hermana de la catedral de Barcelona: la revolucion reclamaba su víctima, y la piedad, las artes, la ilustracion se la disputaron palmo á palmo, y la opinion selló con afrentosa indeleble marca, el ominoso triunfo de aquella. Pero en el abandono de los que sobrevivieron, en la consuncion lenta y á veces acelerada de fábricas que á pequenísima costa pudieran utilizarse para el servicio público, ó reservarse para ocasiones necesarias, en los siempre renacientes proyectos y frustradas tentativas de traslaciones y derribos, en la frialdad con que ha sido acogida toda reclamacion artistica y todo esfuerzo reparador, en los parciales destrozos sin escrúpulo y como por sistema consumados en cuanto huele á antigüalla, revélase no ya el huracan que troncha ni el torrente que atropella, sino el helado soplo que marchita, la pertinaz gotera que socava y mina y se infiltra por las grietas; hallamos en fin el espíritu de la época tan mezquino, tan perezoso, tan cobarde en conservar, como pródigo, activo, intrépido para destruir. Las ruinas han parecido esplotables; y la especulacion, arrebatando la piqueta al odio y á la venganza, ha mostrado saber manejarla con mas perseverancia y destreza. Ya que no permite la miseria de los tiempos á la moderna arquitectura hacer alarde de sus primores en nuevas obras ó reparos, le ha proporcionado expeditas vias para nivelar alturas ó despejar solares.

De consiguiente no acusemos de riguroso el temblor de tierra que en la madrugada del 13 de mayo último estremeció fuertemente nuestras así recientes como antiguas, así grandiosas como humildes fábricas, imparcial é incorruptible como la guadaña de la muerte: sus estragos mas visibles alcanzaron solo á derribar la linterna de la torre de San Francisco, y á cascar el remate de la del Socorro; la primera, bien ó mal, se está recomponiendo de limosna; la segunda, piramidal y esbelta como una copa de ciprés, se ha rebajado ó mas bien truncado hasta donde se creyó conveniente, ofendiendo los ojos del que recuerda su gallardía. De las dos agujas que flanquean la gran fachada

de la Seo, sobre cuyo desplomo se habia escitado nuevamente la atencion tras de diez años de olvido, despertando en el público mas curiosidad que inquietud, respetó el mal intencionado terremoto la del ángulo que mas inclinacion presenta y que mas alarmaba á los peritos, rajó y derribó la estremidad de la opuesta, que por mas aplomada y moderna, mayor seguridad inspiraba: ahora las dos, pagando justos por pecadores, y á fin de establecer una triste simetría, presentan por igual cortada su aguda cúspide, que por cima de la grandiosa mole gentilmente descollaba. Pero no se trata ya del exterior ornato, ni de mutilaciones mas ó menos importantes en los accesorios; trátase de la conservacion misma del gigantesco edificio, terriblemente comprometida, si se pone mano al reparo de su desplomo, antes de averiguar concienzuda y detenidamente la causa que lo produce, á riesgo de agravar el mal cuyo remedio se procura. Si el daño, cuya progresion en el transcurso de dos siglos, no está bastante demostrada con irreprochables mediciones, y cuya inminencia es por lo menos problemática; si este daño reside en el empuje de las bóvedas y no en la debilidad de los cimientos, como ha pretendido un articulista de indisputable talento, digno, aunque *profano*, de los honores de la discusion, con razones que el público, viéndolas incontestadas, ha podido creer incontestables (1), en este caso, el desmonte del macizo paredon hasta el nivel de los arcos interiores, no contrarrestando ya con su resistencia el impulso de ellos, traería consigo el hundimiento de las naves, y precipitara una catástrofe, cuya posibilidad mas remota hiela desde luego la sangre en las venas. Tremenda responsabilidad, cien veces mas tremenda que la de abandonar la fachada á su intrínseco riesgo, pesaria entonces sobre el imprudente reformador; y mucha y muy imperturbable confianza en la ciencia propia se necesita para arrostrarla. En materia tan irreparable y trascendental, no es la actividad y brio, sino la madurez, el detenimiento, la observacion profunda lo que principalmente se recomienda: un fallo tan grave bien merece ser razonado. Lo cierto es, que sin distincion de clases, la ciudad entera, que tanto derecho de ocuparse tiene en una cuestion que es toda suya, tiembla ya del reparo mas bien que de la ruina; y azorada se pregunta si la temeridad de los hombres, antes que el vicio de la fábrica ó la injuria de los años, la privará arrebatadamente del mas glorioso monumento de nuestros mayores, en que la piedad de cuatro siglos apuró sus riquezas y el ingenio su trabajo.

J. M. CUADRADO.

(1) No es tan peregrina esta opinion que no participara de ella y la consignara en su excelente obra *Recuerdos y bellezas*, el malogrado D. Pablo Pífferrer, cuyos conocimientos artisticos y profunda observacion de los monumentos, nadie se atreverá á poner en duda. Ocupándose de la fachada de la catedral, escribe: «Junto á la puerta hay otras dos torrecillas no concluidas, flacos estribos para contrarrestar el empuje de las arcadas que dividen las naves.» Y abajo en una nota: «Ya los arquitectos, que sucesivamente dirigieron la obra, debieron de temer por la firmeza de aquella atrevida linea de bóvedas, que bien asegurada por los estribos del remate, quedaba espuesta mientras por tanto tiempo duraba la construcccion, y no se le oponian contrafuertes por la parte del frontis. Ello es que de los catorce pilares, que siete á cada lado dividen las naves, los cuatro mas inmediatos al altar mayor tienen siete palmos y medio de diámetro, los dos siguientes ocho, y los demás nueve y medio. Pero esta precaucion no ha podido impedir que el gran frontis de veinte palmos de espesor cediese un tanto al empuje, y por su parte superior tomase una inclinacion que ya de lejos el viajero divisa con espanto.»



(Puente de Ozaeta en Vergara.)

Ayuntamiento de Madrid





¡LA CRUZ QUE NOS PROTEGE!...

Viajando por cualquier departamento de Francia, se encuentran con frecuencia cruces de madera ó de hierro mas ó menos toscas, colocadas en la cima de una montaña casi inaccesible, en el fondo de una profundidad imponente, en las quebraduras de un grupo de peñas de color ceniciento medio ocultas por el follaje, ó en las orillas del mar en un punto triste y solitario que convida á la meditacion. ¿Qué mano ha levantado estos sencillos monumentos que tan elocuentemente hablan al viajero, cuando los ve destacarse con formas oscuras sobre la primera claridad de la aurora, ó dibujarse indecisamente á la hora solemne del crepúsculo de la tarde que oculta su última luz en el horizonte? ¿quién ha elegido con tan admirable acierto los sitios mas convenientes para que armonicen los pensamientos que debe despertar aquel signo de devocion, con el recogimiento que producen ciertos cuadros sublimes de la naturaleza? Nadie lo sabe, ni el pueblo se cura de averiguarlo: bástale con el respeto y la *fé* que tiene en aquel recuerdo de la existencia de Dios, ante el cual se descubre y se arrodilla.

No há mucho tiempo que atravesábamos una de esas playas desiertas de que hemos hablado arriba. Nuestro caballo se había reanimado con el aire salitroso del mar, y aspiraba con ánsia la brisa; sus piés, hollando la arena húmeda, no producian ningun ruido, y su galope era tan suave, que no se sentia ninguno de sus movimientos. Habíamos abandonado la brida, y el animal se lanzaba á través del espacio con una velocidad extraordinaria. En una noche sombría, oyendo á la derecha el ruido del mar, teniendo á la izquierda una cadena de peñas de un color pardusco y la luna velada con fúnebre manto, había motivos para creerse trasportado en alas de una cabalgadura fantástica, á través de espacios desconocidos: nuestra alucinacion no fué completa, pero sí nuestra distraccion, de la cual nos sacó el aspecto de una cruz que á larga distancia se alzaba confusamente en medio del mar; y era tiempo de que volviéramos de nuestro arrobamiento; la marea creciente había ganado terreno, y llenaba ya el angosto camino con una grande cenefa de espuma blanca, amenazando usurpar el paso por completo. De la region de la poesia descendimos de pronto á la prosa de la vida, y empezamos á recordar varias historias de viajeros sorprendidos por la marea, que habíamos oido contar en nuestra niñez, sin perdonar ningun detalle de este género de agonía que va ganando terreno pulgada por pulgada desde los piés á la cabeza. Nuestra alarma era ya grande, cuando felizmente concluyó la cordillera de peñas que limitaba el camino por el lado opuesto al mar, y para colmo de fortuna nos hallamos á pocos pasos de un pueblecillo.

No tardamos en preguntar el origen y la significacion de la cruz que habíamos visto: de lo primero nadie pudo informarnos; pero supimos que aquella piedra de granito era un signo completo de salvacion; cuando la marea subia las olas lamian apenas la base y ganaban terreno progresivamente; mientras aparecia la cruz era posible la fuga, pero toda esperanza concluia en el momento que el agua la sumergia por completo.

No pudimos menos de admirar la idea verdaderamente cristiana de haber hecho así del signo de redencion el emblema de la vida, como para advertir al viajero con una *imagen material é inmutable*, que cuando la cruz desaparece, Dios se ausenta y el hombre no debe contar con él.

No teniais por qué temer, nos decian la gentes, mientras viérais *La Cruz que nos protege!*...

A.



## AMOR A VISTA DE PAJARO.

### CAPITULO XIX.

#### Dos primas y una romanza.

Luis no había reparado hasta aquel momento que hacia una luna deliciosa, y como si quisiera pagar de antemano á Magdalena el trabajo que se iba á tomar recitándole la romanza, le encomió la poesia que debía tener una bellísima romanza, recitada á la luz de la luna por una muger encantadora. Magdalena aceptó el cumplimiento; porque los cumplimientos son letras de cambio que siempre se pagan á la vista, y recitó despues la romanza con escrupulosa atencion.



—¿Los dos ángeles que en ella figuran serán V. y su prima? preguntó Meneses; y Magdalena respondió:

—El poeta ha tenido esa galantería respecto á mi; respecto á mi prima ha sido justo.

—Estoy bien seguro de que el poeta ha dicho la verdad respecto á V.; pero, á un lado el amor de familia, su prima de V. es tan hermosa como la pintan esos versos?

—Mi prima es tan hermosa que no admite comparacion; y si V. la viera, estoy muy segura de que no sabría á quién compararla: tan extraordinaria es su beldad.

—Si es tan hermosa como V. dice, podré compararla á V. señora.

—La agravia V. porque no la conoce; aunque bien puede V. conocerla.

—¿V. cree que habré tenido yo ocasion de haberla conocido?

—Indudablemente, pues ha pasado largas temporadas en la corte.

—¿Tendrá V. la bondad de decirme el nombre de su hermosa prima?

—Lleva mi mismo nombre y tiene mi edad, caballero.

Magdalena, precisamente, murmuró Luis viendo cumplida la esperanza que había alimentado todo el día. Pero como no quería incurrir en nuevo error, y se había propuesto adquirir todas las noticias necesarias, añadió, procurando ocultar su alegría:

—¿También tendrá V. la bondad de manifestarme su apellido?

—Y por qué no? Se llama mi prima Magdalena de Sandoval.

—Hija única de D. Blas de Sandoval y doña Margarita...

—De Zuluetta: dijo Magdalena, acabando el período que no podía cerrar Meneses.

—¿Y Magdalena y su familia acaban de dejar la corte? insistió Luis.

—Precisamente antes de ayer tuve el gusto de recibirla antes de venirme á Arechavaleta.

—¿En dónde?... Señora, dispénsese V. lo indiscreto de la pregunta.

—No tiene nada de indiscreta. La recibí en su caserio de los Manzanos, distante de aquí unos dos leguas, en la dirección de Vitoria, de donde salieron aquella mi-ma madrugada.

—Pues conozco mucho á Magdalena, y efectivamente es hermosísima; pero insisto en la comparacion.

—Doy á V. las gracias por su permanente galantería.

—Por mi absoluta veracidad. ¿Y dígame V., Magdalena, sabe V. si vendrá á los baños su hermosa prima? preguntó Luis, llevando la cuestion á su verdadero terreno.

—Casi puedo asegurar que no, repuso Magdalena estrañando algo la insistencia de Luis Meneses.

—Pues lo siento mucho, porque hubiera tenido mucho gusto en verla.

—¿La trató V. mucho en Madrid? preguntó Magdalena á su vez, queriendo averiguar la estension de las relaciones que existían entre Meneses y su prima.

—Lo bastante para volverla á ver con gusto; repuso Meneses apartando cierta frialdad.

—¿La encontraría V. en alguna reunion? insistió Magdalena.

—La vi por primera vez el año pasado en el Escorial.

—Es verdad que pasó quince días de julio en aquel real sitio, y despues se vino á las provincias.

—¿Han hablado VV. alguna vez de la iglesia del Monasterio?

—Sí señor. Mi prima me la ha descripto varias veces; y recuerdo que me repetía, siempre que hablabamos de este templo, lo mucho que le había llamado la atención un hombre que vió parado en el vuelo de la cornisa, mirándola con la mayor tranquilidad.

—¿Y regularmente diría que ese hombre le había parecido un loco de atar?

—No señor. Tomó por lo serio aquel arroyo, ó mejor dicho, aquella indiferencia.

—¿Y lo transformó en un personaje de novela? preguntó Luis queriendo ocultar su interés.

—Mi prima no hace personajes de novela, repuso Magdalena con la mayor formalidad.

La procesion había llegado á la puerta de la condesa, y Luis había adquirido todas las noticias que podía darle la Magdalena hallada de la Magdalena por hallar. Adquiridas estas noticias, no encontraba Luis ningun atractivo en la conversacion de la jóven, y tampoco estaba dispuesto á pasar la noche bailando, que era la opinion general. Por lo tanto se acercó á la condesa, y la dijo:

—Tengo el honor de devolver á V. el precioso depósito que tuvo la bondad de confiarme.

—Y que muchos le han envidiado, repuso la condesa tomando el brazo de su amiga.

—Lo creo, condesa. Y ahora espero las órdenes de V. para retirarme.

—¿Es posible! ¿No quiere V., amigo mio, concurrir á nuestro sarao?

—Condesa, repetiré que estoy dispuesto á hacer cuanto V. precep-

túe: pero he caminado toda la noche pasada, he dormido apenas y estoy rendido de cansancio.

—Hallándose V. tan cansado, sería una crueldad detenerlo. Puede V. marcharse cuando guste.

—Crea V., condesa, que me retiro con un profundo sentimiento.

—Venga V. á verme mañana á las dos, y rogaremos á Magdalena que nos cante otra romanza.

—Desearé que sea condescendiente, porque sus romanzas son lindísimas.

—A propósito: ¿le recitó á V. la letra de la que nos cantó esta tarde?

—Sí señora: observó Magdalena. El señor de Meneses no perdona palabra empeñada.

—Ni deo de cumplir las que empeño, repuso Luis con jovialidad.

—Posee V., querido Meneses, una cualidad poco comun, dijo la condesa dirigiéndole una mirada maliciosa.

—Hasta mañana, querida condesa; hasta mañana, Magdalena; murmuró Luis despidiéndose de las dos damas, é hizo su promesa entre dientes, porque acababa de decir que cumplía siempre sus palabras, y pensaba faltar á la que estaba dando en aquel momento.

—Hasta mañana, querido Meneses, repuso la condesa.

—Hasta mañana, señor de Meneses, dijo Magdalena.

Meneses se dirigió por el camino que le pareció mas corto á su casa. En el dintel estaba de pié el señor Ramon, fumando un habano de colosales dimensiones que le había regalado Francisco.

Buenas noches, señor Ramon, dijo Meneses, parándose junto á su huésped.

—Buenas noches, repuso el señor Ramon con su brevedad acostumbrada.

—¿Como está mi pobre criado? volvió á preguntarle Meneses.

—Casi bueno, volvió á responder el lacónico señor Ramon; y tomando una lamparilla, echó á andar delante de Luis, hasta que llegaron á la habitacion del viajero. Meneses se dejó caer sobre una silla; el señor Ramon encendió dos bujías, se cruzó de brazos y dijo:

—¿Quiere V. comer?

—He comido ya, repuso Luis quitándose el sombrero.

—¿Quiere V. cenar? volvió á preguntar el señor Ramon.

—No acostumbro á cenar, repuso Meneses contrastando su amabilidad con la rudeza de su huésped.

—Buenas noches, dijo el señor Ramon, y se dirigió hácia la puerta.

—Señor Ramon, ¿está durmiendo mi criado? le preguntó Luis deteniéndolo.

—Sí señor, repuso el huésped, usando siempre las menos palabras posibles.

—Voy á hacer á V. una pregunta. ¿Sabe V. en dónde está el caserio de los Manzanos.

—Sí señor.

—¿Podrá V. proporcionarme un guía que me conduzca á él mañana á las cuatro de la mañana?

—Sí señor.

—¿Me despertará V. á las tres?

—Sí señor.

—Muy buenas noches.

—Buenas noches.

## CAPÍTULO XX.

### La roca Tarpeya.

Aunque no había dormido Luis la noche anterior, esperaba y temía demasiado para entregarse al blando sueño que un blando lecho le brindaba. Dando vueltas sobre sí mismo, formaba castillos en el aire en un momento de entusiasmo, y los deshacía lentamente á impulso de la reflexion. ¡Pobre naturaleza humana! trabaja para edificar, y cuando ha construido el edificio, trabaja para destruirlo. Bien la retrató la mitología en la tela de Penélope.

El señor Ramon era un hombre sumamente exacto: á las tres en punto se encontraba á la cabecera de Luis, con un candelero en la mano. Meneses estaba despierto; el señor Ramon lo notó, dejó el candelero sobre la mesita de noche, y se alejó sin pronunciar ni una palabra.

—Este hombre, pensó Meneses, de lacónico se ha vuelto mudo; y sacudiendo un pequeño resto de aquella colosal pereza que le dominaba antes, se arrojó del lecho.

Empezaba á vestirse, cuando apareció Francisco, risueño como de costumbre.

—Muy buenos días, señorito. ¿Qué tal ha pasado V. la noche? preguntó el fidelísimo criado.

—En vela, Francisco: repuso Luis. ¿Y tú cómo estás?

—Casi bueno. El doctor no es del todo tonto, y me ha sentado perfectamente la sangría.

—Me alegro mucho. Para otra vez que caigas ya sabes el mejor remedio.



—Procuraré no tener que usarlo. ¿Con que vamos esta madrugada de paseo?

—Yo, á lo menos, si: tú puedes venir ó quedarte, como te parezca mejor.

—¿Pues no me ve V. ya dispuesto? dijo Francisco presentando á su amo la corbata.

—Me alegro mucho, porque quizás me serás útil.

—¿Pero, señorito, puedo yo saber adónde vamos?

—Francisco, he adquirido ayer grandes noticias.

—¿De la señorita Magdalena? preguntó Francisco con acento de desconfianza.

—Sí, Francisco. Ya sé perfectamente sus dos apellidos.

—¿De modo que la señorita se llama?...

—Doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, hija de D. Blas de Sandoval y de doña Margarita de Zulueta. Repara qué dos apellidos. El primero corresponde á una de las casas mas ilustres de España, y el segundo á uno de los mas ricos banqueros. Hermosura, sangre y riqueza. ¿Qué dices de estas tres cualidades?

—Digo, señor, que son magníficas. ¿Pero está V. seguro de que mi señora doña Magdalena de Sandoval y Zulueta, es la Magdalena que buscamos y no encontramos por desgracia?

—Segurísimo: y lo que es mas, Francisco, tengo seguridad de encontrarla hoy mismo.

—¿Segun eso vamos?...

—A su caserio de los Manzanos.

Luis habia acabado de vestirse, el señor Ramon se presentó con una taza de chocolate, que apuró Meneses en tres minutos. Tomado este corto refrigerio, dijo á su huésped:

—¿Está dispuesto el guía?

—Sí señor, repuso el vascongado.

—¿En dónde está?

—Soy yo.

—¿Tiene V. dispuestos los caballos para nuestra expedicion?

—No se necesitan.

—Pues vamos.

Francisco se alegró en el alma de que la expedicion fuera pedestre, pues preferia fatigarse un poco á pegar una costalada, como la de la noche anterior. Empezaba á rayar el alba cuando salieron los viajeros de la posada de Meneses, y Luis, que estaba lleno de esperanza, vió con delicia ese gran manto ceniciento que se replega hácia occidente al primer albor de la mañana. Por segunda vez en pocos dias oyó el armonioso concierto que forman las auras y los árboles, los pájaros y los arroyos; y al trino del primer gilguero unió su voz, cantando la dulce romanza que le causó tanto entusiasmo. Una vegetación briosa presentaba hermosos modelos á la escuela flamenca, y los horizontes tomaban sus tintas de la paleta de Villamil. Las auras bajaban perfumadas y húmedas desde las cumbres del Pirineo, y las fuentes corrían como niños que pisan el campo tras una larga reclusion.

Habían llegado los viajeros á la cima de una montaña, en la que se elevaba, como una atalaya morisca, una capilla consagrada á nuestra Señora del Amparo. Sus negros muros atestiguaban su prodigiosa antigüedad, pero ocultaban su vejez bajo los ramos de laurel y mirto, y las coronas y guirnalda de flores que enteramente los cubrían; asemejándose mucho la capilla á un abuelo á quien sus nietos han engalanado la mañana de su centésimo natalicio.

El señor Ramon pasó por delante de la capilla, sin dirigirla una mirada, y siguió su marcha; pero Luis se acercó afablemente á una especie de santero que estaba á la puerta, y le preguntó:

—¿Con qué motivo está esta capilla tan engalanada?

—Acaba de casarse en ella uno de los mas ricos propietarios de esta comarca, respondió el santero á Meneses.

Como nada importaba á Luis la boda del rico propietario, se despidió y apresuró el paso, imitando la celeridad de su guía. Francisco, que se habia hecho perezoso desde que su amo desplegaba tan poca comun actividad, seguía á Luis murmurando; y todos tres empezaron á bajar la colina y á descubrir el profundo valle que se reclinaba á su pié. A la derecha del camino descubrió Luis unas rocas salientes, que se avanzaban hacia la cañada como el famoso promontorio de Leucades hácia el mar; y siguiendo su antigua afición á encaramarse por las alturas, corrió hasta el ángulo mas saliente de los escarpados peñascos. Francisco siguió á su amo de cerca; pero tuvo muy buen cuidado de pararse en sitio nada peligroso; y el señor Ramon no pisó las rocas, contentándose con esperar á sus compañeros de viaje.

Aun no habia tenido Meneses tiempo de contemplar el pintoresco panorama que se presentaba á su vista, cuando hirió su oído la dudosa armonía de varios tamboriles y dulzainas; descubriendo momentos despues una procesion de aldeanas, vestidas de fiesta y engalanadas con vistosas cintas y flores. Esta procesion caminaba por el álbeo de la cañada, y se dirigía hácia una hermosa casa de campo, que descu-

bria Luis desde su elevado promontorio. Tras la doble fila de aldeanas, marchaba un grupo de ocho ó diez personas á lo mas, y en su centro una jóven vestida de blanco y coronada de rosas del mismo color. Este espectáculo y la nueva que acababa de recibir en la capilla, persuadieron á Meneses de que todo aquel cortejo lo formaban los novios y su parentela; y como debia pasar precisamente por el fondo de la cañada, dió un paso mas, quedándose tan en la punta de la roca, que visto desde abajo, parecia suspenso en el aire como el albañil de San Vicente.

Ya habia pasado una parte de la comitiva, y Meneses trataba en vano de ver el rostro de la novia, porque esta llevaba la cabeza inclinada de modo que era imposible descubrirlo. Pero de repente se acercó á ella una de las mugeres que la acompañaban, y la dijo con cierto misterio una palabrita al oído. Entonces alzó la cabeza, y clavó su ardiente mirada en el temerario que coronaba el promontorio.

—¡Magdalena! exclamó Luis, tendiendo los brazos hácia ella, como si quisiera precipitarse en aquel abismo; y huyendo despues espantado de su propia temeridad:

—¡Mi sueño! murmuró Magdalena: apoyándose en el brazo de su marido para no caer desvanecida.

—La que buscábamos y encontramos á mala hora, tartamudeó Francisco. Ya sospechaba yo que no acabaria bien un Amor á vista de pájaro.

FIN.

JUAN DE ARIZÁ.

## LA CUEVA DE HERCULES EN TOLEDO.

### LAS ÚLTIMAS ESCAVACIONES DE LA MISMA.

Han pasado siete siglos y medio desde que la ciudad de los concilios fué arrancada por las armas castellanas del poder de la morisma, abrigándose en su recinto muchas y muy peregrinas tradiciones, ya relativas al largo periodo en que volaron en sus adarves las lunas africanas, ya á la floreciente edad de los Wambas y Recaredos, ora á la dominación romana, ora en fin á los tiempos fabulosos en que aparece la historia envuelta en las mas profundas tinieblas. Sin duda á estos primitivos siglos debió remontarse el origen del monumento á que se adhería la tradicion toledana de la *Cueva de Hércules*, que tan profundas raíces logró echar durante la edad-media entre cronistas y poetas populares, dando á la corte de Alonso VI una antigüedad verdaderamente prodigiosa. Prestaba el vulgo, siempre dado á lo maravilloso, su asentimiento á cuanto á la cueva prodigiosa atañía; y andando los tiempos, llegó á ser española aquella tradicion toledana, inspirando varias obras de ingenio á los mas celebrados vates.

Ni se libertaron de su poderoso influjo los historiadores que ya en el siglo de oro de nuestra literatura florecieron: el docto y severo Mariana, hijo de la provincia de Toledo, el diligente conde de Mora, y el no menos estimable Julian del Castillo, dieron entrada en sus historias á la tradiciones del *palacio encantado* y *Cueva de Hércules*, repitiendo la popular narracion de los falsos cronicones y de las leyendas vulgares, y alimentando de esta manera el interés local de lo que era comunmente designado con el título que sirve de epigrafe á estas líneas. Mas crédulo que todos el doctor D. Cristóbal Lozano, llegó en sus *Reyes Nuevos*, á señalar á Túbal como el primer fundador de esta *cueva*, añadiendo que fué despues reedificada y ampliada por Hércules, quien se sirvió de ella como de *palacio*, leyendo allí la *arte mágica*. Destináronla despues los romanos á otros usos militares, hiciéronla los primeros cristianos lugar de refugio en las frecuentes persecuciones que sufrían, y enriqueciéronla los árabes con nuevas maravillas, contribuyendo asi todas las épocas y dominaciones á rodearla de misterios, propios mas bien para exaltar la imaginación de la muchedumbre, que para mover el ánimo del verdadero historiador ó anticuario.

En tal manera cundieron las consejas que á esta antigüalla se referían; mas no faltaron tampoco quienes, como el entendido don Francisco Santiago Palomares, tan digno del respeto de los doctos por sus estudios arqueológicos, como por sus conocimientos filológicos y paleográficos, declararon que la pretendida *Cueva de Hércules* nunca habia existido, siendo cuando mas, una *cloaca* romana, la construcción que con semejante nombre era apellidada. Pocas eran las personas instruidas que no adoptaban el juicio de Palomares, hallándole conforme con las costumbres del pueblo romano, que dejó en todas partes palpables muestras de su grandeza y poderio; cuando á principios del año de gracia en que vivimos, moviéronse algunos curiosos del deseo de penetrar los misterios que la tradicion guardaba, resolviéndose á emprender en el sitio de la llamada *Cueva* algunas escavaciones. Grande fué el calor con que se acometieron estos trabajos; algun curioso, ó mas ardiente ó mas crédulo que sus compañeros, acudió á la prensa para pulverizar la opinion de Palomares y de los que le seguían, sol-